

La Reina de medianoche

Todos los veranos me reservo unos días para irme al pueblo. Me subo a Bagheera, mi vieja moto negra y me escapo, yo solo, sin más equipaje que algo de ropa y mi reproductor de música.

Tengo que reconocer que mi pueblo no tiene, seguramente, nada que ver con lo que te hayas podido imaginar.

En efecto no es el típico pueblito cuyo club social consiste en tres viejas sentadas en la acera, demonizando las vidas ajenas y, en especial, las de los extraños.

Tampoco es uno de esos pueblos, abandonados por cualquier motivo, que se dedica a reconstruir un entusiasta grupo de nuevos hippies subvencionados.

No es un pintoresco pueblo pesquero con preciosos atardeceres y aroma a sardinas añejas. Por supuesto que no es un moderno pueblo a las afueras de una ciudad turística. Ni un pueblo de montaña con bares plenos de vaho y gente paseando esquiés.

En realidad, llamarlo pueblo sea, quizás, bastante pretencioso.

Mi pueblo consiste en unas quince casas desperdigadas por un largo y húmedo valle, verde y profundo, cruzado por una destartalada carretera de tercera, olvidada por los mapas. Y por el ministerio de obras públicas.

No tiene médico, ni farmacia. No tiene colegio, ni iglesia, ni taller mecánico, ni tienda alguna. Si necesitas cualquiera de estos servicios tendrás que ir a otro pueblo.

Lo que sí tiene y lo que en realidad es el centro vital del pueblo, es el “Midnight queen¹”, un bar de carretera, punto de encuentro de moteros, regido con mano de hierro y voz de azúcar por Boop, una pequeña mujer que recuerda bien haber sido preciosa, pero mal los cuarenta años que han pasado de aquello.

Corre el rumor, extremadamente improbable y, con seguridad promovido por la propia Boop, de que Chad Kroeger, el líder de los canadienses Nickelback, compuso el tema “Midnight queen” tras pasar una noche por ahí.

Incluso hay quien lo corrobora, aunque evidentemente no existe ningún documento gráfico que lo demuestre. Lo que sí es cierto es que desde la primavera de 2011, casi seis meses antes de que el grupo publicara el tema, Boop empezó a dedicar toda una esquina del local al grupo y a Kroeger...

En el M.Queen, como solemos llamarlo, fue donde empezó mi afición por las motos, claro. Ahí compré a Bagheera, que por entonces tenía que soportar el infame nombre de Daisy. Ahí aprendí todo lo que sé de mecánica y de *customización*.

Bueno, y de música, y de mujeres, y de amistad...

En realidad ahí lo aprendí TODO.

En el M.Queen he vivido y escuchado tantas historias... Reales y fantásticas.

Una de ellas, la más recurrente, pues se escucha en la zona desde antes de que mi bisabuelo construyera la casa, trata sobre la Reina de medianoche. Y no me refiero al bar de Boop, si no al imponente risco vertical que preside impertérrito el valle, y del que el local tomó su anglicista nombre.

¹ Reina de medianoche.

Desde el suelo

Puede que tras leer un poco más te resulte difícil de creer, pero tú y yo vivimos en el mismo sitio.

Es cierto que somos totalmente distintos. Que nuestros mundos son totalmente distintos. Y cuando digo “mundos”, me refiero al ambiente, al entorno, a la forma de vivir... pero el planeta que compartimos, nuestra madre común, esta preciosa esfera azul, marrón y verde que nos alberga, que nos cobija altruistamente, es la misma: la Tierra.

Es muy probable que tú vivas inmerso en la civilización, ya sea en una gran ciudad, en un pueblo, o incluso en una pequeña aldea, retirada del mundanal ruido. Pero lo que puedo afirmar casi con total certeza es que no vives en un manglar.

Yo sí.

De hecho, existe una pequeña posibilidad de que ni siquiera sepas muy bien qué es un manglar.

Por si es ese el caso, te lo contaré, más o menos, muy brevemente: los manglares son bosques situados en zonas costeras tropicales que sufren cambios drásticos en sus condiciones con bastante frecuencia, pues se cubren de agua de mar con cada marea.

Los árboles que los habitan son muy especiales, pues toleran ese entorno tan hostil: durante un tiempo tienen gran parte de sus raíces totalmente expuestas, al aire, y después están sumergidas en agua salada.

Son los mangles, claro.

Hay muchas características, situaciones y circunstancias que hacen que nuestros mundos sean tan extremadamente distintos.

Pero sin duda una de ellas, quizás la más llamativa, sea la importancia que en el mío se da a la comunidad, en detrimento del individuo. **La absoluta ausencia de egoísmo.**

Para que entiendas hasta qué punto esto se aplica, te diré que entre nosotros, con cierta regularidad, se selecciona a algunos miembros para que se sacrifiquen en pro del resto.

Y cuando hablo de sacrificio, no me refiero a ceder en ciertos aspectos de sus vidas, ni a ofrecer su esfuerzo o su voluntad a otros. No, me refiero al sacrificio absoluto, extremo, al sacrificio definitivo. Me refiero a dar la vida, sus vidas, por el bien común.

Para ti, seguramente, esto sea una atrocidad. Lo verás como un concepto execrable, de todo punto intolerable. Pero si tienes en cuenta que del sacrificio de unos pocos depende la supervivencia del resto, **la supervivencia real...** no lo es tanto.

¿No crees?

Quizás, y sólo si consigues admitir la necesidad de ese suicidio, lo más difícil para ti ahora, lo más duro sea vislumbrar el método de selección, es decir, cómo elegir a esos individuos que se dejarán morir a favor de la conservación de los demás.

Dicho todo esto, puede que supongas que pertenezco a una sociedad primitiva, arcaica y poco evolucionada.

Nada más lejos de la realidad.

Para que te hagas una idea debes saber que el método de elección de esas víctimas necesarias, que a simple vista podría parecer absurdamente arbitrario, es, en realidad, **absolutamente científico.**

Una sola pregunta

Dieciocho meses estuve ahorrando para poder ir a visitarlo.

Y es que vivía en mitad de la nada, el muy *jodío*.

Pero me habían dicho que merecería la pena, que sus respuestas eran insólitas, excepcionales, reveladoras, profundas y que te cambiaban la vida.

Como sólo aceptaba una pregunta por persona, tuve que exprimir mi intelecto para fundir mis principales inquietudes en una sola cuestión.

Pero lo conseguí. Logré formular la pregunta perfecta.

Y como era compleja, para no fallar, para no poder equivocarme en el momento de la verdad, me la apunté en un papel.

De hecho me planteé tatuármela en el interior del antebrazo izquierdo. Pero me pareció exagerado.

Seis días estuve viajando.

Varios aviones, cada vez más pequeños y con menos motores; un tren, de cuando mi abuelo era sólo una idea; un par de autobuses, por llamarlos de alguna manera. Hasta un burro, con sus alforjas de cuero y todo, que me subió por acantilado.

Y los últimos kilómetros a pie.

Pero al fin llegué ante su aldea.

En la puerta de la cabaña había un hombre que me miraba a los ojos. Yo no sabía muy bien qué hacer.

Entonces me habló:

- Puedes pasar, hombre.

- Pero... - balbuceé - ¿cómo me dirijo a él? - dije lo primero que me vino a la cabeza.

- Por su nombre.

- Y ¿cómo se llama?

- Vale. - concluyó dándome un leve empujón para que entrara.

Yo estaba algo nervioso. Y no era para menos, después del tiempo y el dinero que llevaba invertidos.

Me costó unos segundos adaptarme a la penumbra de la choza.

Entonces lo vi.

Me sorprendió su edad. Me lo imaginaba muy anciano. Pero resultó tener, o al menos aparentar, unos sesenta años.

Con un parsimonioso ademán me indicó que tomara asiento frente a él.

Así lo hice.

Me miró, profundamente. Me sentí desnudo.

No detecté en él ninguna prisa por escuchar mi pregunta. Esbozaba una ligerísima sonrisa, más bien un gesto de paz interior.

Y, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, levantó sutilmente una ceja.

Me dispuse entonces a plantear mi cuestión.